Universo de la ciencia ficción (III)

por Angel Rama

Del cielo baja el buen rey

★ *Más allá del futuro*

Adelantémonos más allá del futuro. ¿Qué nos espera? Como melancólico eco a la frase de Valéry, oigamos a estas novelas musitarnos: **"Nosotros, —la humanidad—, ahora sabemos que habremos de morir".** La ciencia ficción nos mira desde muy lejos, con la perspectiva de los espacios infinitos que recorren las naves interestelares. Desde allí contempla retrospectivamente la aparición del hombre sobre el planeta, *venciendo y sustituyendo a poderosas* especies zoológicas, y, "al cabo de los años", al cabo de los milenios, lo vemos extinguirse, sustituido por otras especies zoológicas. Algunas reciben de su mano el saber y lo amplían; otras lo pierden, y pierden hasta el recuerdo de que hubo una vez en este planeta algo que se llamó "hombre".

...Y algunos eran humanos se titula una serie de cuentos de Lester del Rey: en el primero vemos agonizar a un hombre de Neanderthal, solitario, torpe, lleno de rencor por el éxito creciente de los Cro-Magnons, los charlatanes, los que descubren las flechas, los que dominan la caza; en el último cuento, es un perro quien habla y dice: **"Hoy, en un mundo verde y hermoso, aquí en medio de la más poderosa de las ciudades construidas por el hombre, el último ser de la raza humana muere. Y nosotros que fuimos creados por el Hombre sólo nos queda el consuelo de lamentar su marcha, y adorar la memoria del Hombre, que pudo dominar cuanto abarcó, excepto sus propias pasiones".**

Hace treinta años Lovecraft, con abuso de *jadeos y terrores nocturnos*, evocaba la posible destrucción del hombre por espantables seres que lo aniquilarían usando de su sabiduría y de su rabiosa crueldad. Hoy se diría que los novelistas de ciencia ficción han leído cuidadosamente a Toynbee y han aprendido allí que las civilizaciones no mueren por violencia externa, sino que se suicidan. La humanidad, piensan, también se suicidará. En ella surgirá esa apetencia de muerte que descubría Freud ya viejo en el subconsciente humano y buscará un modo de matarse, ya sea por la bomba atómica, ya sea por simple anorexia.

En **Siluetas del futuro** de Frederick Pohl, son dos hombres de ciencia, espantados de lo que el hombre ha sido capaz —la guerra atómica—, quienes deciden dar una oportunidad a las hormigas y generan un futuro enigmático y tremendo. Sin embargo, el animal preferido por los ingleses para verse sustituidos —como era previsible— es el perro, y bajo la advocación de los libros de Stapledon (**Juan raro. Sirio**) han surgido varias novelas que muestran la progresiva educación de los perros, su aprendizaje del habla, su intervención creciente *en la historia* y por último su reinado. Nadie ha contado mejor esta historia que Simak en **Ciudad**, una novela que justificó el **Internacional Fantasy Award** del 53 por la calidad sostenida de su invención y la problemática ética que expone. Imitando nuestras ediciones eruditas de antiquísimos poemas, Simak presenta una serie de cuentos aparentemente legendarios, según estiman los críticos perrunos de una edad futura: legendarios porque en ellos se habla de cosas cuya existencia real se ignora —los hombres, las ciudades, los viajes a las estrellas— dando lugar a encarnizadas polémicas entre los especialistas de la historia.

A lo largo de estos cuentos se sabe que el hombre muere por anorexia, porque pierde el sentido de la acción y del empeño por triunfar de la dificultad que se le enfrenta, rasgo que ha hecho su característica central, la razón de su éxito en el mundo. Fowler descubre que transformarse en joviano es entrar al paraíso, por la eternidad, y la oposición de Webster a que se difunda la noticia es en vano. Webster sabe que eso aniquilaría a la raza humana, porque en definitiva ella es, simplemente, ambición soberbia de vencer, dominar, descubrir, sin saciarse nunca. Muchas veces sin saber para qué.

Pero en ningún escritor he encontrado la desbordante capacidad de imaginación que revela Fowler Wright en **El mundo subterraneo** un ejemplo magistral del género. Aquí hace tiempo que ha concluido el reinado del hombre, y estamos en un futuro de quinientos millones de años, en una tierra enteramente transformada, repartida entre los anfibios y los titanes, seres cuya inteligencia y sentido de la vida superan infinitamente las capacidades humanas. No son simples transformaciones del hombre ni de algunos animales circundantes. Son otra cosa, una realidad tan impensada como lo fue el hombre para los dinosaurios. Poseen facultades superiores aplicadas a un sistema de vida y una concepción moral que es difícil calificar meramente de superior, cuando habría que decir "distinta". La imaginación fabulosa de C. S. Lewis puede preverse; la de Fowler Wright supera las habituales deducciones, y nos entrega un territorio insólito, fascinante.

Tanto en los vaticinadores de un futuro cercano como en los del más allá de los tiempos, hay una secreta confianza que se percibe aun en el más atroz laberinto imaginativo: la fe en la mente humana. Todos estos libros son, *en definitiva, invenciones de la mente*, y ella se recobra, loada, en sus páginas. Leyendo decenas de estos volúmenes he vivido un privado regocijo que debe publicarse: en ellos el hombre confiesa sus miserias, pero eso indica que las reconoce como tales, que su conciencia moral se acrisola en este ejercicio de la culpa;

...PERO EL HOMBRE SOLO MORIRA CUANDO HAYA DEVENIDO UN DIOS

en ellos alienta —¡cuán vivo!— el espíritu de la justicia, de la caridad, que se extiende al radio universal; en ellos se distingue la gravedad y complejidad creciente de los problemas que se le plantean al hombre, y se aspira a una potenciación de las facultades mentales para dar la mejor respuesta y la más recta solución; en ellos el afán de la ciencia, del saber y del poder, que signa nuestra época, no va en desmedro de un último afán, indesarraigable, el de la virtud. ¡Loado sea Dios. ¡O más bien, el Hombre!

★ *El sueño de la razón*

Pero la mente humana, sola, no basta. El desconsuelo que a tantos hombres ha acongojado al comprobar la incapacidad de la razón para domeñar las pasiones —las peores—, corre por las páginas de estos libros. Pero también el esfuerzo tenaz para vencerlas, para golpear al hombre en su presuntuoso orgullo de creerse el ser superior, autorizado a todo.

¡Cuántos hombres siguen creyendo hoy, segunda mitad del siglo XX, que hay razas inferiores, —los judíos, los negros, los latinoamericanos, los no arios—, a las que se puede destruir impunemente! En el viaje por los espacios, al encontrarse los terrestres con otros seres, se reitera el prejuicio, pero es un americano, Lester del Rey, quien contando una aventura en la luna, concluye: **"Algún día las alas negras del prejuicio y el desprecio por la personalidad de las razas no humanas se levantarían de la faz del imperio terrestre... Quizás él no lo vería, pero algún día la inteligencia en vez de la superioridad racial, sería la que gobernase la Galaxia".**

Una y otra vez se apela a la inteligencia, a la razón, al mismo tiempo que se inicia el gran juicio histórico contra las perversidades humanas. Estas novelas ponen al hombre frente a un tribunal implacable, pero el dictamen ya no es cerradamente pesimista, como en Huxley, Orwell, Lovecraft, y quizás pueda sintetizarse en esta frase de Van Vogt: **"Da usted demasiado por desconiado que el hombre es el arquetipo de la justicia, olvidando, al parecer, que tiene una historia larga y salvaje. Ha matado otros animales, no solamente por su carne, sino por el placer: ha esclavizado a sus semejantes, asesinado a sus adversarios y conseguido su goce más sádico e irreverente con los sufrimientos de los demás. No es imposible que durante nuestros viajes encontremos otros seres inteligentes más dignos que el hombre de gobernar el universo".** Como en los dictámenes de viejos libros sagrados, no todos los hombres deben exterminarse: algunos se salvarán en la medida en que sepan responder positivamente a una moral superior.

Esa moral estará sostenida por la razón, a la que confusamente se aferran todos al llegar el minuto de arrojarse al espacio. Bajo uno de sus grabados —un joven durmiendo rodeado de animales y humanos alarmantes— escribió Goya de su puño **"El sueño de la razón produce monstruos".** Así es: cuando la razón se duerme, emergen violentos los monstruos, y una literatura que casi por definición se mueve entre el horror de monstruos inconcebibles, para no extraviarse apela a este "hilo de Ariadna" que le permita salir indemne del laberinto: la razón. Con ella juzga a los hombres, con ella mide los problemas que se le plantean, con ella trata de aumentar de cualquier modo la capacidad intelectual del hombre para la nueva empresa de organizar, ya no un planeta, el mundo todo, pero es ella también la que le permite reconocer su última debilidad.

★ *Del cielo baja el buen rey*

Nadie parece dudar ya de que en los restantes planetas de esta estrella menor que llamamos sol y desde luego en las otras refulgentes estrellas de la galaxia y en otras galaxias, existe vida, en mayor o menor grado de desarrollo. Ninguno de los autores de "ciencia ficción" tiene la menor duda acerca de que hay seres superiores, y no sólo en ciencia, sino también en virtud. Frente a ellos, el hombre es todavía un boceto, un animal torpe que maneja gruesamente sus instrumentos.

Así comienzan a generarse nuevas cosmogonías. Del mismo modo que esta literatura ignora tercamente el sexo, también parece ignorar la religión en sus formas conocidas. En **Un mundo feliz**, Mustafá Mod confiesa al Salvaje: **"Dios no es compatible con las máquinas y la medicina científica y la felicidad universal. Hay que escoger. Nuestra civilización ha escogido las máquinas y la medicina y la felicidad. Por eso tengo que guardar estos libros encerrados en la caja de caudales. Son pura inmundicia".** Pero si las religiones, en su formulación actual, parecen desvanecerse, no ocurre lo mismo con la religiosidad, ni falta la búsqueda interespacial del bien y también de Dios.

El hombre ya no está solo —como no lo estuvo nunca—; poderosas fuerzas, espíritus superiores a los que raramente se califica de divinos, ocupan el espacio, residen en lejanos orbes y de allí descienden como en todas las religiones, para ser los buenos reyes. Un chestertoniano ducho en teología, el profesor C. S. Lewis, consagró una trilogía a exponer una curiosa teoría sobre los **eldiles**, seres superiores que custodian los planetas y que obedecen a los **Oyarsa**, en una invención que recuerda las cosmogonías persas. En **Fuga a los espacios** es la vida en Malacandra (Marte); en Perelandra (Venus) es el prodigio de la vida perfecta, y en **Esa horrenda fortaleza** la lucha del bien y del mal en la tierra con intervención de la ciencia, los espíritus extraterrestres y el propio Merlín redivivo. La pasmosa imaginación de Lewis va acompañada de una concepción subrepticiamente cristiana de la vida, pero adecuada a una interpretación fabulosa del más allá, que cualquier religión considerará de una heterodoxia insoportable. Sus novelas, que serían excelentes si no hubiera existido Chesterton, revelan la búsqueda de un nuevo orden sobrenatural en un nuevo mundo científico.

Muchos escritores han hablado de las encarnaciones de espíritus y de la intervención de los extraterrestres más inteligentes, más virtuosos. Ninguno alcanzó la sistematización obsesiva de Arthur Clarke en un libro admirablemente titulado: **El fin de la infanca**. Clarke es un hombre de ciencia, y sus novelas tienen la virtud de la verosimilitud aún en invenciones muy audaces, como **Las arenas de Marte**. Se adelanta a lo desconocido pisando firme sobre posibilidades auténticas, tal como ha hecho su colega Fred Hoyle (más en **La nube negra** que en **El secreto de Ossian**). En ambos se percibe la confianza en una ciencia que no genera horrores —físicos torturados, médicos locos, creaciones aberrantes, intentos de dominio— sino que venca en forma calma la naturaleza. Pero en ellos se percibe también la confianza en seres de un saber muy elevado que hayan logrado ya superar la imperfección humana: en Hoyle era "la nube negra" como organismo viviente, con conciencia; en Clarke son los "superseñores" que un día aposentan sus naves sobre las principales ciudades del planeta, justo en el momento en que Este y Oeste se precipitaban al espacio con intenciones homicidas, e inician la educación de la humanidad en la paz y el progreso. No son dioses, sino simples entidades superiores, y a su vez sobre ellos hay otros señores que tampoco se sabe si no tienen señores que los rijan: actuan como parteras de algo nuevo que será la trasmutación de la infancia —del hombre— en espíritus soñadores".

Hace dos milenios largos, un dramaturgo mostraba cómo el hombre había recibido, de un dios rebelde, Prometeo, los instrumentos del progreso. Ahora se nos lo muestra como un poderoso demiurgo, que vence a la naturaleza y se mueve, aunque en una jerarquía inferior, entre los dioses. Pero a estos ya no les llama así: prefiere la palabra "superseñores", y se dedica a codiciar su grandeza. Su orgullo está muy teñido de temor, de humildad, tratando de encontrar un etos para su acción novísima. Y se diría que entablada está una carrera para alcanzar ese alto grado moral antes de que la humanidad se extinga. Porque se sabe que cuando se llegue allí habrá acabado la humanidad, disuelta en la perfección. Se dirá que todas las religiones superiores lo han soñado hace milenios. Sí, también los poetas. Poco ocurre que ahora se lo busca, no a través del renunciamiento ni en el más allá del espíritu, sino en la realidad misma de la vida. Esta es la grande, desaforada, loca empresa que algunas novelas de "ciencia ficción" le proponen al ser humano de hoy.